

reos de Zacatecas, que no fué despedazado por la plebe porque las autoridades se empeñaron en salvarlo, teniendo parte en esa salvación el antiguo Regidor, no consiguió, decimos, que recayese una sentencia menos dura para él, y fué ejecutado el día 6 de Junio de 1812.

Como su muerte y la de los religiosos presos en Durango fueron por la misma época, creemos que esas tardías ejecuciones se debieron á un acto de venganza del Virrey Venegas, que, disgustado del resultado del sitio de Cuautla, quiso tomar represalias de las ejecuciones ordenadas por Morelos en Zacatula después de la muerte de Don Leonardo Bravo, mandando á su vez fusilar á todos los prisioneros insurgentes que los realistas tenían en su poder.

El nombre del Regidor de Zacatecas, Lic. Don Ramón Garcés, no es mencionado por ninguno de los historiadores de la revolución y apenas lo revelan escasos documentos de los numerosos compilados con tanto afán y paciencia por el señor Hernández Dávalos. Aunque sean pocos los datos que sobre su vida y hechos contengan esos documentos, basta que muriese por la causa de la Independencia para que le dediquemos estas pocas páginas del libro donde estamos registrando los nombres de todos los que tomaron parte más ó menos activa en aquella memorable lucha.



DON LUIS G. MIRELES.

Aunque sea en unas cuantas líneas, merece un recuerdo este constante compañero del caudillo Don Miguel Hidalgo.

Era vecino de Dolores y uno de los primeros partidarios que tuvo el Párroco, al que ayudaba en sus tareas industriales y agrícolas; cuando estalló la revolución no vaciló ni un momento en seguirla, y fué de los que acompañaron á Hidalgo á apoderarse de la cárcel en la madrugada del 16 de Septiembre. Sin cargo alguno nuevo todavía, se encargó de mandar la gente que estaba en contacto más inmediato con el caudillo, al que acompañó á Guanajuato y Valladolid. En la provincia de Acámbaro recibió el nombramiento de Coronel, y con tal carácter mandó un batallón en las Cruces, á las inmediatas órdenes de Aldama.

Después de Aculco fué de los que se di-

rigieron á Guanajuato en compañía de Allende; contribuyó á la defensa de la ciudad, á las órdenes de Jiménez, y fué de los últimos que abandonaron la plaza, dirigiéndose á Zacatecas; en la hacienda del Molino fué despachado el 2 de Diciembre, en compañía de Jiménez, de Malo y de Carrasco á extender la revolución en las provincias del Norte, lo que le dió oportunidad de asistir á la batalla de Agua Nueva y ocupación del Saltillo y Monterrey. Durante toda esta campaña dió muestras de ser hombre de orden y de capacidad, y no cometió ningún acto reprochable. Cuando los caudillos se acercaban recibió orden de irlos á encontrar, y con ellos entró al Saltillo, donde permanecieron varios días, mientras arreglaban su viaje á los Estados Unidos.

El 21 de Marzo tenía el mando de una pequeña fuerza que antes de que pudiera hacer uso de sus armas fué rodeada y desarmada, quedando prisionera. Mireles, á quien Cordero conocía muy bien, fué designado por éste para ir á Chihuahua, no atreviéndose el jefe realista á sentenciarlo, después de los miramientos que el insurgente había tenido con él cuando lo tuvo prisionero. Allí no se tuvo en cuenta su conducta, que, como la de todos los insurgentes que conquistaron las provincias internas, fué buena, y tras de una breve su-

maria, fué condenado á ser fusilado; la sentencia se cumplió el 11 de Junio de 1811 y Mireles tuvo por compañero de suplicio al Mariscal Don Francisco Lanzagorta, que había sido su compañero durante la campaña del Norte. Parece que influyó en su sentencia la circunstancia de haber sido uno de los primeros que se lanzaron á la revolución, pues observando la lista de las ejecuciones de Monclova, Chihuahua y Durango, se viene en conocimiento de que no se perdonó ni á uno de los que tomaron parte en los sucesos del 16 de Septiembre de 1810.



DON FRANCISCO MASCAREÑAS.

También es éste un insurgente al que muy pocas líneas podemos dedicarle, por ser escasísimas las noticias que de él se han conservado.

Fué natural de Dolores y uno de los oficiales del Regimiento de San Luis, que se habían comprometido en la revolución, convirtiéndose en correo cuando el adelanto de la conspiración exigió estar en continua comunicación con los partidarios, que habían llegado á ser numerosos y vivían en distintas poblaciones. Fué uno de los que tomó las armas desde la madrugada del 16 de Septiembre, y estuvo en Guanajuato y Valladolid; en la promoción de Acámbaro recibió el grado de General, con el que asistió al combate de las Cruces, aunque se ignora la parte que tomó en él, infiriéndose que fué de los que llegaron por Lerma, pues por ese punto pasó el grueso del ejército

cuando Trujillo se replegó hacia el monte temeroso de ser flanqueado por su izquierda.

Después del encuentro de Aculco acompañó á Hidalgo á Valadolid, y después á Guadalupe; en Calderón estuvo á las órdenes de Torres y se retiró con este jefe, que fué el último que abandonó el campo de batalla; desde la hacienda de El Pabellón quedó á las órdenes particulares del desposeído Generalísimo y lo acompañó en el camino que siguió por Matehuala y el Venado. Cuando los Generales salieron del Saltillo recibió el encargo de atender á las familias de aquéllos, que sumaban un buen número de personas; como los coches en que iban caminaban á la retaguardia, Mascareñas fué de los últimos que cayeron prisioneros aquel memorable día. Como no era conocido de Cordero, no se le consideró de importancia y, en consecuencia, quedó en Monclova al averiguarse que tenía el grado de Coronel insurgente. Allí se le formó sumaria, pues no merece otro nombre su proceso, y aunque no llegó á probársele que hubiese cometido más delito que el de rebelión, fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia en los primeros días de Abril de 1811, sin que se pueda precisar la fecha exacta, por las escasas noticias que hay de los sucesos ocurridos allí después de la traición de Elizondo.



Después del nacimiento de Acuña no se volvió a ver más y después a Guadalupe, en Córdoba estuvo a las órdenes de Torres y se volvió con este jefe que fue el último que abandonó el campo de batalla, desde la batalla de El Páramo de los Hornos y las órdenes particulares del General. General de la división que vino a combatir por Matamoros y el Venado cuando los Generales salieron del sitio.

PEDRO JOSE SOTELO.

Este individuo prestó algunos servicios á la causa de la Independencia en los primeros días de la guerra, pero fueron de tal clase, que su nombre habría quedado en la obscuridad como los de tantos soldados que combatieron por la causa, si la naturaleza no le hubiese dado una larga existencia que le permitió ver todo el período de la guerra de Independencia, y más de medio siglo de la vida nacional. Ya en sus últimos años formó una curiosa relación de los principios de la insurrección y de los acontecimientos ocurridos en la histórica ciudad de Dolores los días 15 y 16 de Septiembre, así como de otros sucesos de aquella época. Esta relación es uno de los pocos documentos que nos quedan de los orígenes de la guerra de Independencia y por lo mismo, aunque contenga inexactitudes, debe

ser vista con interés y ser aprovechada hasta donde es posible.

Nació Sotelo en Dolores, en 1790, y habiendo quedado huérfano entró á la edad de trece años al servicio del señor Hidalgo, quien lo dedicó al taller de alfarería par que aprendiese el oficio; también aprendió Sotelo la música, bajo la dirección de Don José Santos Villa, y refiere que desde 1809 Hidalgo le comunicó á él y á otros artesanos su propósito de lanzarse á luchar por la Independencia. En la madrugada del 16 de Septiembre ayudó á la prisión de los españoles, y después de contribuir durante varios días al arreglo de los asuntos particulares del Párroco, se incorporó al ejército en Guanajuato y quedó á las órdenes de Don Mariano Hidalgo para cuidar de los fondos del ejército y de los equipajes de los Generales. También formó parte de la expedición que Aldama hizo á Dolores y San Felipe, y de su narración aparece que quien dirigió esa expedición fué Hidalgo, pero esto no está de acuerdo con lo que refiere la historia.

Estuvo en Valladolid y proporciona el dato de que Hidalgo pasó el río de Lerma por el puente de Santiago Tianguistenco; refiere el combate de las Cruces, del que dice que fué muy sangriento, y añade que el ejército pernoctó en la Venta de Cuajimalpa y que se tenía la intención de seguir

rumbo á México; el primero de Noviembre se dió contra-orden y empezó la retirada de aquella hueste rumbo á Querétaro. Tomó parte en la acción de Aculco, la cual describe de un modo fantástico, olvidándose de decir que faltó á su obligación de cuidar el tesoro y los equipajes, y que por huir dejó que se perdiera todo; tal fué el susto que llevó que allí dió fin á su carrera militar y después de sufrir una grave enfermedad en Acámbaro, regresó á Dolores; visitó á las hermanas de Hidalgo en el rancho de Las Piedras y tuvo que ocultarse varias ocasiones para no caer en poder de los realistas. Hecha la Independencia vivió en paz en su pueblo natal, y con posterioridad fué nombrado conserje de la casa de Hidalgo, puesto en el que murió muchos años después. En 1874, ya octogenario, escribió una relación de sus aventuras, dedicada al entonces Presidente de la República, Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada.



JUAN VALDIVIA.

Aunque se ignoren los pormenores de la vida de un hombre, basta en ocasiones un solo hecho suyo para inmortalizar su nombre y darle en la historia un lugar preferente sobre muchos otros que en largos años de existencia no consiguen realizar ningún acto notable que merezca la admiración de la posteridad. Esto sucede con Juan Valdivia, humilde soldado del ejército de Allende y del que no se tienen casi noticias auténticas, siendo necesario recurrir á la tradición para daquirir algunas.

Juan Valdivia fué nativo de Jalisco é ingresó en el ejército independiente cuando Torres se dirigió sobre Guadalajara; era hombre de gran fuerza muscular y esta circunstancia le salvó la vida en Calderón, donde se vió acometido por tres dragones realistas, á los que hizo frente, matando á

los tres. Siguió en el ejército hasta el Saltillo y en la retirada de Rayón, sin tener hasta entonces ocasión de distinguirse. Cuando aquel jefe dió á Torres el encargo de atacar el campo del Grillo, ocurrió el incidente de que habla "La Avispa de Chilpancingo" en su número 19, en los siguientes términos:

"En el acto de asaltar la tropa de Rayón el campo del Grillo en Zacatecas, se necesitó hacer uso de un cañón, bien chico, pero se notó que tenía quebrada la cureña. Ofrecióse á suplir por ella un soldado, poniéndose á gatas, y con el embique y retroceso, casi se le hizo pedazos el espinazo. Este espectáculo no arredró á otro compañero suyo, quien, escarmentado en parte, se ofreció á hacer lo mismo que el antecedente, pero hizo que le echasen encima muchas mantas para que el embique hiciese menos estrago. Tomado el campo, estando próximo á morir el primer soldado lastimado, se medio incorporó en la cama como pudo é hizo esta pregunta:—“¿Qué tal? ¿Surtió efecto el tiro que se disparó sobre mis espaldas?” — “Sí,” le respondieron. — “Pues bien, exclamó, ahora muero con gusto,” y á poco expiró.”

En su "Cuadro histórico" reproduce Bustamante este párrafo, que indudablemente él fué quien lo escribió, y como de todo lo que mi estimable tío escribió debe dudarse,

por aquello de que no siempre fué verídico, según lo demuestra la ocurrencia de decir que soldados que no tenían ni qué comer dispusiesen de camas en el campo de batalla, seguiremos á la tradición, que si no se precia de verídica, por lo menos procede con una poca de más cordura, limitándose á repetir lo que "se dice."

La tradición no refiere que fuesen dos cureñas humanas, sino que hubo una sola: Juan Valdivia, que al ver las dificultades con que se luchaba por la falta de artillería y teniendo presente que el ejército llevaba una pequeña pieza desmontada, se prestó á servir de cureña, adoptando, por supuesto, todas las precauciones posibles y llenándose de mantas la espalda para amortiguar los movimientos de la pieza. Sigue diciendo la tradición que no fué en el campo del Grillo donde Valdivia hizo esa heroicidad, sino en el camino de Zacatecas, frente á la hacienda de San Eustaquio, que era necesario tomar para que la tropa insurgente no pereciese de sed. Dos disparos fueron necesarios para que se diese el asalto, y después de ellos Valdivia quedó horriblemente deformado de la espalda, pero no murió y le alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México.

Ya sea que se siga á la tradición, ya á la historia, de todas maneras queda en pie el hecho de que hubo un hombre bastante de-

cidido para ofrecer su cuerpo y hasta su vida para que el ejército insurgente se salvase ú obtuviera la victoria; ese héroe, pues tal dictado le corresponde legitimamente, merece que siquiera se le dediquen unas páginas, ya que el bronce no se ha ocupado de inmortalizar su acción.



DON ANTONIO ALDAMA

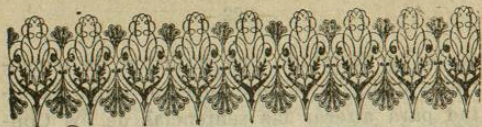
Es muy común, al hojear las páginas de la historia de la guerra de Independencia, encontrar á familias enteras luchando contra la dominación española, sin cuidarse de sus intereses, y ver ir cayendo á cada uno de sus miembros en el campo de batalla; de esas familias, las más conocidas son las de los Hidalgo, los Rayón, los Bravo y los Galeana, etc. No fueron ellos, sin embargo, los únicos, y la biografía que vamos á escribir demuestra que hubo otras familias compuestas de patriotas que no vacilaron en lanzarse á la revuelta en pro de la causa proclamada en Dolores.

Bastante conocidos son los nombres de Don Juan y de Don Ignacio Aldama, que pertenecieron á la pléyade de los primeros caudillos; su fama opacó completamente la de sus sobrinos Don ANTONIO y Don MARIANO del mismo apellido, que lucharon

por la misma causa y por ella padecieron persecuciones ó sufrieron la muerte. Del primero apenas se tienen noticias, y únicamente se sabe que tuvo el grado de Mariscal y que en Enero de 1811 expedicionaba por Tepic, cuando ocupó ese Distrito el Cura Mercado; en los primeros días de Febrero de ese año amenazaba á Tequepexpa cuando fué atacado por el jefe de las armas de Tepic, el que lo derrotó completamente, quitándole cinco cañones y haciendo que se dispersase su gente; el mismo Aldama cayó prisionero y fué enviado á Guadalajara y por causas inexplicables para los que tienen noticias de los sentimientos del General español Don José de la Cruz, no fué mandado fusilar por éste, que se limitó á tenerlo preso. Por un documento fechado en Guadalajara el 9 de Enero de 1812, sabemos que seguía preso y que solicitaba indulto; la contestación de Cruz fué breve pero substanciosa: "Le perdoné, decía, la vida, por efecto de generosidad, aunque no lo merecía: ha sido tratado con excesiva bondad, y bien debe constarle que se tomaron informes de su conducta en Tepic." En otro acuerdo dictado dos días después decía el mismo jefe: "Tenga entendido Don Antonio Aldama, sentenciado á presidio, que sólo la piedad del legítimo Gobierno pudo sentenciarle solamente á presidio, mereciendo la horca como un santo dos velas. Que

ya le he decretado una multitud de memoriales diciendo en unos que no tengo facultad para alterar las sentencias de los Consejos de Guerra, y en otros que no hay lugar, etc. Le devuelvo ahora el memorial que me dirige para el Excelentísimo señor Virrey, cuyo jefe superior tiene otras atenciones, más graves que la de oír á pícaros, insurgentes y bribones como él.—Cruz."

Aldama en el ocurso que dió margen al anterior curioso acuerdo, habla de su familia y trata de hacer pasar su derrota en Tequepexpa como un acto meritorio que tenía por objeto entregar los cañones de que disponía; como vemos, ningún efecto le surtió su instancia, y es probable que extinguiendo la pena de presidio que se le impuso, no menor de diez años, le alcanzase alguno de los indultos que Apodaca fué tan pródigo en conceder. En realidad se ignora cuál fué la suerte posterior de este insurgente, hasta hoy desconocido, por confundirsele con su hermano ó primo Don Mariano.



DON MARIANO ALDAMA.

Sobrino también de los dos conocidos caudillos de este apellido, se lanzó desde los primeros días de la revolución á la lucha, con el grado de Mariscal, que le concedió Hidalgo, si bien no siguió á éste ni á sus tíos en el azaroso camino que emprendieron.

Conocedor del rumbo de la Sierra Gorda y de la de Querétaro, se situó en ellas y presto alcanzó gran prestigio entre los indios, pero la derrota de Calderón, que permitió al Gobierno virreinal organizar el ejército para combatir á la insurrección de una manera bastante completa, lo hizo salir de allí, obligaron á Aldama á buscar inteligencias con los insurgentes más cercanos, que lo fueron los Villagrán: el día 10. de Mayo de 1811 se vieron obligados Chito y Aldama á salir de Tequisquilápan, perse-

guidos de cerca por el Mayor Alonso, y á los dos días tuvieron que presentar batalla en el cerro de la Magdalena á este militar y al Teniente Coronel Castro, que se le había unido; fueron derrotados completamente, perdiendo dos cañones y tres pedreros y dejando libre la entrada á Cadereita, que ocuparon los realistas el día 4. Don Ildelfonso de la Torre, realista, también derrotó por aquellos días á Don Mariano en las cercanías de la población, y cuando iba reunido con Anaya.

Disgustado con éste y con los Villagrán por ser superior á todos ellos en grado, decidió trasladarse á otra parte, y se trasladó á los llanos de Apan, á donde aún no había llegado la revolución. En Agosto de 1811 se presentó por allí con una pequeña partida y llevando amplias facultades de la Junta de Zitácuaro; encontró el terreno bien dispuesto y desde luego se pronunció José Francisco Osorno, que recibió el nombramiento de Teniente general y que el 30 de ese mismo mes de Agosto ocupó á Zacatlán. Aldama llegó á la población con su partida "sin causar nuevos trastornos, pues parece que era hombre de mejores ideas que lo general de los insurgentes, afecto al orden y severo observador de la disciplina; cítase por ejemplo de esto el hecho de que habiéndole acompañado en su expedición, con el empleo de Coronel, un joven llamado Acosta, al que tenía gran afición, lo

hizo fusilar por sentencia del Consejo de Guerra, por haber muerto á un sargento, y lo mismo hizo con un Capitán José Hernández, por ladrón."

En Zacatlán aumentó Aldama su fuerza, compuesta de setecientos hombres y causó graves temores al Gobierno virreinal, que veía extenderse impensadamente la revolución por ese rumbo, que hasta entonces había estado quieto, y que proveía á la capital de muchos comestibles y de la bebida llamada "pulque." Venegas comisionó á Don Ciriaco del Llano, oficial de marina, para que batiese al insurgente, y le dió por segundo á Don Miguel Soto Maceda, también marino; ambos salieron de México el 3 de Septiembre, y se dirigieron á Calpulálpam, pero fueron sorprendidos por Aldama en la hacienda de San Cristóbal, y aunque consiguieron rechazarlo, sufrieron algún quebranto; dos días después sufrió nuevo descalabro frente á aquella población, y Aldama tuvo que retirarse, y dejando á Llano en Apam, se puso de acuerdo con Osorno para apoderarse de Tulancingo. No realizaron su intento, pero Aldama, dando muestras de gran atrevimiento, retrocedió violentamente, y mientras Llano estaba ocupado en atacar la barranca de Zacapoaxtla, Aldama entraba tranquilamente en Calpulálpam.

Llano emprendió una activa persecución del insurgente y de su segundo, Ocadiz, que

por aquellos días tenían su fuerza desorganizada; esto les obligó á ocultarse por poco tiempo en el rancho de San Blas, de la propiedad de Don José María Cazalla, que se decía amigo de ellos; varios días los alojó en su casa tratándolos muy bien, y cuando ya hubieron adquirido confianza, los asesinó mientras dormían. Háse dicho que Llano ganó por dinero á Cazalla para que lo desembarazase de un enemigo que realmente era temible; también se atribuye el asesinato á las rivalidades que nunca faltaban entre los insurgentes y á la envidia que Casalla tenía ante el grado y dotes de Aldama, pero por los términos en que dió la noticia la "Gaceta Oficial," parece que Llano fué el que procuró deshacerse de su enemigo. Osorno, en cuanto supo el asesinato de Don Mariano, se dirigió al rancho de San Blas é hizo matar á Casalla y que su cadáver, descuartizado, fuese expuesto al público.

"La pérdida de Aldama, dice Don Carlos María de Bustamante, fué muy sensible á la nación, y sus consecuencias se sintieron luego. Era éste un oficial lleno de valor, virtudes y talento, por lo que hizo temblar á sus enemigos. Tenía veinticinco años, fina educación, carácter franco y elevado; era excelente militar, tenía prudencia y arte para conducir al soldado: preséntabase el primero en las acciones, y para animar á

la tropa; jamás volteó la cara al enemigo, á pesar de la desigualdad de las fuerzas con que lo atacaba; habia sido oficial de dragones de México, y así es que observaba la más estrecha disciplina y no permitía hurtos ni vejaciones." "La muerte de este joven recomendable, dice más adelante, lejos de acobardar á los que la lloraron, excitó en muchos de su edad un noble deseo de imitarlo. Vivía tranquilo el labrador Don Eugenio María Montaña, en la hacienda de Xala, de Ruiz de la Bárcena, donde supo la desgracia de Aldama, y al momento se levantó con cinco hombres, semilla fructífera que le produjo más de trescientos excelentes soldados, que después se llenaron de gloria en la vanguardia del señor Morelos á la entrada de Oaxaca, como después veremos." "Las victorias de la división de Aldama, concluye el mismo escritor, á quien sucedió en el mando Don José Francisco Osorno, animaron sin duda á Don Vicente Beristáin, hermano del Canónigo, á pasarse al partido americano."

Don Mariano Aldama fué el último de su familia que pereció luchando por la Independencia de México y, no obstante sus méritos, es casi desconocido



DON ONOFRE PORTUGAL.

Fué de los primeros insurgentes y militó á las órdenes del señor Don Miguel Hidalgo.

En los primeros días de la revolución se unió al ejército independiente, probablemente en Dolores ó en San Miguel, y quedó á las órdenes de Allende; se ignora la participación que tuvo en el asalto de Guanajuato y batalla de las Cruces, y sólo se sabe que en la promoción general que hubo en Acámbaro recibió el grado de Brigadier, con el que hizo toda la campaña del Norte. Después de la pérdida de Guanajuato en Noviembre de 1810, fué destinado á prestar sus servicios en la división de Jiménez, la que, como es sabido, salió de la hacienda del Molino, rumbo á San Luis Potosí, el 3 de Diciembre de ese año. En Charcas se unió esa división á la que mandaban Lan-

zagorta y Zapata, y ya juntas continuaron su camino para el Saltillo y Monterrey.

Portugal, que tenía el mando de la vanguardia, creyó que las tropas coloniales iban á atacarlo cuando el ejército se encontraba en Matehuala é hizo tocar generala para rechazar al enemigo, pero se deshizo el error porque habiéndose mandado unos exploradores se acercó á ellos el Capitán de los presidiales, Juan José Treviño, que iba precisamente con el objeto de unirse á los independientes. No obstante este refuerzo, los presidiales nunca fueron bien vistos por los oficiales subalternos, "porque tenían una suma desconfianza de ellos y sólo querían quedarse con sus indios de Mexquitic." El tiempo se encargó de confirmar lo justificado de esa desconfianza, pues esos soldados fueron los que en Baján no sólo se negaron á combatir, sino que se pasaron á Elizondo, contribuyendo así á hacer más segura la situación de los realistas ese día. Portugal, que era muy desconfiado y bastante adicto á Jiménez, parece que entró en pugna con el carmelita Fray Gregorio, que no entendía nada de milicia y que no creía en la maldad de los hombres, y esa pugna costó al primero algunas buenas reprensiones que le hizo Jiménez.

Estuvo Portugal en la acción del Puerto del Carnero, perdida por los realistas, y de ahí fué enviado en unión de Carrasco á

Monterrey, cuya ciudad fué ocupada sin necesidad de disparar un tiro. Concentrado todo el ejército de Jiménez en el Saltillo á consecuencia de la proximidad del realista Ochoa y de la necesidad de ir al encuentro de los caudillos, Portugal no volvió á figurar de una manera especial entre tantos jefes como había reunidos, y sólo vuelve á oírse su nombre el 21 de Marzo, cuando cayó prisionero en Baján. Conducido á Chihuahua, se le formó proceso, y fué condenado á muerte, ejecutándose la sentencia el 27 de Junio de 1811; ese mismo día fueron fusilados el Lic. Chico, el Ingeniero Valencia y el Intendente del ejército, Solís. La severidad del Juez Ruiz de Bustamante, ordenó en el mismo día la muerte de cuatro personas, que ante otro tribunal menos obcecado hubieran merecido una pena mucho menor de la que se les aplicó.